

Alabanzas a Dios Padre
por su admirable plan de salvación
en Cristo.

Himno de la carta a los Efesios (Ef 1,3-10)

Éfeso fue una ciudad, donde san Pablo residió por más tiempo respecto a otras evangelizadas por él. Según los Hechos 20,31 durante un trienio el apóstol estuvo empeñado en variadas actividades catequéticas, y en el tercer viaje apostólico fue un importante centro misionero (Hech 19,1-20,1). Además de constituir un centro importante comercial de la provincia romana de Asia, era conocida por el culto a la diosa Artemisa (Hech 19,34-35). Nos hallamos, pues, ante una ciudad de renombre en el área eclesial, comercial y política de Asia.

San Pablo escribe la carta para esclarecer temas cruciales en este ambiente, y que precedentemente había tratado en la carta a los Colosenses con un tono más polémico. Al final de su vida apostólica sentía con particular incidencia el “misterio” de Cristo, en cuanto que había dado un significado a su aventura personal, y a la historia de Israel y universal. Pablo continúa extasiado y no cesa de maravillarse por haber sido escogido para ser “apóstol” de Cristo, y quiere transmitir a los cristianos sus sentimientos para iluminarlos en la fe.

San Pablo está absorto en el pensamiento del plan de salvación de Dios Padre, el gran arquitecto, desvelado y realizado históricamente en Cristo Jesús. Acumula conceptos tras conceptos de manera tal que no deja espacio a la pausa, constituyendo una continua doxología, que se puede dividir en dos partes: 1ª: v.3-6, la alabanza a Dios por habernos dado la filiación divina, y 2ª: v. 7-10, el canto a Dios por liberarnos y recapitular todo en Cristo. Veamos el texto:

v. 3: “Bendito sea Dios, padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en la persona de Cristo con toda clase de bienes espirituales y celestiales”.

Con enfoques parecidos a otros textos el apóstol confiesa que Cristo el único mediador entre Dios y los hombres, y por tal plan de salvación es digno de ser alabado y bendecido

v.4-5: “Él nos eligió en la persona de Cristo, antes de crear el mundo, para que fuésemos santos y irreprochables ante él por el amor. Él nos ha destinado en la persona de Cristo, por pura iniciativa suya a ser sus hijos”.

Nuestra filiación se inicia con la “elección” en Cristo, y se actualiza ahora en nuestra incorporación y unión con Él. Tal tesitura de filiación asciende a la eternidad, y toda ella es fruto de un diseño maravilloso y exclusivo fruto del amor de Dios Padre, ¡de su beneplácito! El apóstol subraya nuestra elección y predestinación como obra y gesto gratuito y divino (Col 3,12; 1 Tes 1,4; 2 Tes 2,13; Rom 11,28), y ha sido el Padre precisamente quien nos lo dado a conocer.

v.6: “para que la gloria de su gracia, que tan generosamente nos ha concedido en su querido Hijo, redunde en alabanza suya”.

La generosidad divina hacia nosotros desemboca en la celebración y la alabanza por parte de los hombres, tal como se desvela en la benevolencia amorosa de Dios. ¡Todo viene de Dios y a Él debe retornar! La “gloria” de Dios, por otro lado, es un tema dominante de la primera parte de esta carta.

v.7-8: “Por este Hijo, por su sangre, hemos recibido la redención, el perdón de los pecados. El tesoro de gracia, sabiduría y prudencia ha sido un derroche para con nosotros, dándonos a conocer el misterio de su voluntad”.

San Pablo enfatiza ahora que tal filiación se ha verificado en la muerte de Cristo, en su sangre. La fuente última del amor de Dios surge de la entrega de su Hijo en nuestro favor, entrega que ha sido sellada con su generosidad desbordante, ¡y de modo cruento! La desbordante gracia divina de la redención ha sido acompañada con dones espirituales, como “sabiduría y discernimiento”, para que tal acercamiento divino de Cristo a nosotros tenga consecuencias reales y prácticas en la vida de todos los días.

v.9-10: “Éste es el plan que había proyectado realizar por Cristo, cuando llegase el momento culminante: recapitular todas las cosas en Cristo del cielo y de la tierra”.

Tal realidad está teñida de dimensiones abismales, que no puede ser intuita y conocida por la mente humana sin una especial revelación. Es el misterio que consiste en que todos los seres sean recapitulados en Cristo, es decir, encuentren su valor,

dignidad, y significado en Él. Cristo es el artífice de la cercanía entre Dios y los hombres, enturbiada por el pecado: tal tesis recorre toda la carta.

El apóstol ha unido magistralmente los dos momentos de la cercanía divina al hombre, pero no conviene olvidar que tal maravilla divina ha sido posible debido a la gracia inaudita de Dios Padre en Cristo, y que el hombre no habría podido intuir, sino Dios Padre no hubiera tomado la decisión de desvelarse en Jesús de Nazaret, Verbo de Dios. Él nos ha explicado quien es Dios para nosotros, y a la luz de sus gestos, palabras y acciones podamos contemplar nuestra dignidad en el aquí y ahora de nuestras vivencias, no exentas de tesituras ambiguas, dudas y zozobras.

El pararnos ante las palabras del apóstol y contemplarlas fortalece nuestras redes existenciales, y tal posibilidad a su vez es gratuita.

Miguel Álvarez, ofm